

## Elecciones y democracia

Nos vamos acostumbrando a vivir, antes de las elecciones, unos meses claramente politizados. Se habla de la campaña, de la pre-campaña e incluso, algunos, de la pre-pre-campaña. Todo tiene un sabor electoralista. Se sospecha que el único objetivo son los votos. Al menos así se interpretan los rostros amables de los candidatos, las ágiles soluciones que hasta hace poco se demoraban *sine die*, las ofertas de un futuro próximo muy esperanzador (llámese Estatuto del Profesorado o Ley de Calidad), ... al tiempo que toda intervención pública se sazona con una gran oferta de "bífidas" (como le gusta decir a Forges). Y no son pocos quienes en este tiempo electoralista, que morirá el próximo día 12 de marzo, se cuestionan el modo de ser ciudadano y el ejercicio de democracia habituales.

Democracia y ciudadanía constituyen uno de los ejes básicos de la relación que se establece entre la sociedad y la escuela. La sociedad pide que se eduque a sus vástagos para ejercer de ciudadanos y participar en la democracia. Todos albergamos el deseo de que niños y jóvenes, cuando lleguen a su madurez, puedan cooperar en la construcción de un proyecto común para el bien de todos. La escuela recoge el reto de educar en valores a través de Proyectos de Centro, las programaciones, los ejes transversales, etc. Con todo esto se pone en marcha. Pero, como bien es sabido, cuando se trata de valores (ser ciudadano y democrático) no basta sólo con hablar de ellos, es preciso vivirlos; y tampoco es suficiente con vivirlos sólo en el ámbito escolar y/o familiar, sino que han de darse y verse como valores en la sociedad. El contexto que influye en nuestros alumnos no se reduce a sus familias y sus escuelas, sino también a la sociedad, y más de lo que parece.

Por esto, la educación para la ciudadanía y la participación democrática se vuelve un reto para la sociedad adulta. Es ésta la que se tiene que preguntar qué grado de vigencia tienen los valores que ella desea para los escolares: ¿Cómo estamos de ciudadanía?, ¿de participación en la sociedad?, ¿de tolerancia?, ¿de vivir nuestra identidad sin conflicto desde el encuentro con el otro?, ¿de convivencia respetuosa y solidaria?, ¿de justicia?, ¿de responsabilidad con el bien común?, ¿de autocrítica con lo que hemos sido, somos y queremos ser? Y todo ello con sensatez y realismo, como cuando Paulo Freire dice: "en la historia se hace lo que se puede y no lo que se quisiera hacer. Una de las grandes tareas políticas que hay que cumplir es la persecución constante de hacer posible mañana el imposible de hoy".

Hoy vivimos en una época de disgusto y sospecha hacia los partidos políticos. Son ellos quienes ejercen el gobierno que le corresponde al pueblo (democracia) reservándoles a los ciudadanos sólo el nombramiento de los representantes (cfr. W. Carr). Es hora de que la política, el bien común, no se reduzca a la actividad de unos pocos. Todos somos políticos. Es hora de que la política educativa no sea partidista, sino que la legislación mire más a los fines pedagógicos que al mantenimiento del poder de un grupo. ■